

Hace hoy 10 años caía el Muro de Berlín, símbolo y centro de la Guerra Fría. Con piquetas y martillos, los berlineses abrieron boquetes en los kilómetros de placas de hormigón que dividían su ciudad en dos sectores irreconciliables. Los portones se abrieron; la vieja capital prusiana volvió a ser una. En los meses siguientes, como en un efecto dominó inesperado, comenzaron a caer los regímenes del socialismo real en Europa del Este: para 1991, ni la Unión Soviética existía. Aquí la crónica, el análisis y las opiniones de los protagonistas de ese asombroso 1989 que cambió la estructura política y económica del mundo.



10 años **de la caída del Muro**

Por Claudio Uriarte

El 2 de mayo de 1989, la República Socialista de Hungría empezó a levantar las vallas que cerraban su frontera con la neutral, pero capitalista Austria. El 10 de setiembre de ese mismo año, Hungría abrió sus fronteras con la República Democrática Alemana (del ala dura del bloque comunista). Hungría, que junto con Polonia se encontraba a la vanguardia de los experimentos de democratización de mercado en el Pacto de Varsovia, era uno de los destinos turísticos preferidos dentro de la cerrada Europa comunista, por lo que la combinación de ambas medidas tenía un impacto geopolítico gigantesco: la apertura de un enorme boquete en la Cortina de Hierro entre Occidente y el bloque del Este.

Las razones precisas de Budapest para dar estos pasos quedan para la investigación histórica, pero deben retenerse dos antecedentes: 1) Hungría, donde la "socialización" fue relativamente indolora, estaba lista ahora a dar un paso más allá apoyándose en el precedente de Polonia, que se hallaba a punto de elegir el primer gobierno no comunista del bloque, y 2) el poder de disuasión externa de la Unión Soviética, bajo la presión de las fuerzas centrífugas liberadas por las reformas de Mijail Gorbachov, se había reducido enormemente, aumentando la libertad de acción de sus estados-satélite. La URSS de 1989, que ya enfrentaba sus propios separatismos internos, difícilmente estaba equipada para una *remake* de sus invasiones a Hungría en 1956 y Checoslovaquia en 1968, especialmente después del fracaso de su invasión de 1979 a Afganistán, y bajo un nuevo liderazgo post marxista que jugaba todas sus fichas programáticas a una recomposición con Occidente.

Cómo se disuelve un país

Lo que parecía un simple cambio burocrático en la legislación húngara de migraciones y disposiciones aduaneras no tardó en desencadenar un éxodo. Los "turistas" de Europa Oriental afluyeron hacia Hungría en masa para huir a Occidente. Votaban con sus pies, ante la impotencia de la dictadura stalinista alemana oriental de Erich Honecker. Irónicamente, el mismo régimen que antes había amurallado, militarizado y medievalizado los límites de una ciudad para evitar que sus súbditos huyeran a Occidente se encontraba ahora con toda una frontera convertida en zona de libre paso a la Hungría reformista y de allí a Austria y a la RFA. Hungría, sin



El fin: Gorbachov secuestrado por los golpistas; Yeltsin liderando la resistencia y, más tarde, discutiendo el mando.

embargo, no se estaba cortando sola, sino que sus movidas de viraje hacia el capitalismo jugaban dentro de, y a la vez precipitaban, una suerte de efecto dominó: el 12 de setiembre, el católico Tadeusz Mazowiecki asumía como primer ministro de Polonia —donde el poder del PC ya había sido reemplazado de facto hacía ocho años por la dictadura militar bonapartista del general Wojciech Jaruzelski—; el 10 de octubre siguiente, era el propio Partido Comunista Húngaro el que se autodisolvió.

El impacto en la RDA fue doble: mientras muchos alemanes orientales huían a Occidente a través del



Caso: La RDA ofrece un ejemplo paradigmático del Estado-fortaleza, que basa todo su poder en la disuasión armada: basta con que se debilite para que se desplome.

boquete húngaro, otros —especialmente en Leipzig y en Berlín Oriental, las principales ciudades— empezaban a manifestarse para protestar y reclamar reformas análogas a las de los "hermanos socialistas" vecinos. El régimen, de modo inequívoco, empezaba a tambalear. El 7 de octubre, cumpliendo una visita programada de antemano, Gorbachov llegó a Berlín Oriental, y un Honecker visiblemente deteriorado por el cáncer (y

por la desestabilización política, que el cáncer parecía somatizar) le pidió el envío de infantería y tanques, para frenar la sangría del "socialismo real". Tras estampar el proverbial ósculo soviético de rigor en la mejilla de su camarada, Gorbachov —cuya histórica visita de recomposición a China ese mismo año había sido empañada por la represión a los manifestantes por la democracia en la Plaza Tienanmen— se negó benevolentemente a cumplimentar ese pedido, y llegó a aconsejar a Honecker en un discurso público que se acomodara al "impulso" de los tiempos.

Las proyecciones de ese discurso fueron inmensas. Con esas palabras —y lo supiera o no—, Gorbachov estaba anunciando nada menos que la disolución de facto del Pacto de Varsovia, que alguien caracterizó una vez con irónica certeza como la única alianza militar de la historia cuyas hipótesis de conflicto se reducían a la invasión de sus Es-

tados miembro. A Honecker le quedaba una sola carta: la orden de abrir fuego contra los manifestantes, un Tienanmen prusiano. Sin embargo, el Politburó y las Fuerzas Armadas se negaron a obedecerle, lo que precipitó su renuncia, el día 18. El interinato subsiguiente, bajo la figura inoperante y patética del ex jefe de inteligencia Egon Krenz, fue apenas un embarazoso pseudónimo del vacío de poder: la verdadera política corría en las calles, en las manifestaciones de masas.

La RDA ofrece un ejemplo paradigmático del Estado-fortaleza, que basa todo su poder en la disuasión armada: cuando ésta se encuentra presente y resulta creíble, el Estado se sostiene, pero basta con que se debilite para que ese mismo Estado se desplome como un edificio carcomido desde dentro por las termitas, ya que el mismo carácter abarcativo de la

represión se ha ocupado de impedir cualquier otro vínculo consensuado entre el poder y sus súbditos; el Estado-fortaleza es paradójicamente débil, porque todo su poder se desvanece ante un cañonazo bien apuntado a su esqueleto represivo, que es la única fuerza en la que se sostiene.

Y así ocurrió. Intuyendo el debilitamiento de la dictadura, el 4 de noviembre de 1989 un millón de berlineses orientales marcharon a través de la ciudad. Atrapada entre la inacción del Ejército y la falta de credibilidad de las promesas de Krenz, Alemania Oriental se precipitaba en caída libre hacia la ingobernabilidad. La situación tuvo su sinceramiento final el día 9, cuando el jefe del Partido en Berlín Oriental Günter Schabowsky anunció en conferencia de prensa que la policía de fronteras ya no impediría que los alemanes orientales abandonaran el país.

Aquella noche, Berlín fue una fiesta. Liberados a sus propios deseos, los berlineses orientales se abocaron a destruir el Muro que los había aislado de Occidente desde 1962, y cuyas torres, vigías, perros entrenados y alambres electrificados los habían convertido en uno de los lugares más terroríficos del mundo. El fracaso de la utopía comunista nunca se hizo más incontestable que en ese momento, en que el desplome del Muro no ocurría por ataques de la OTAN sino por ciudadanos de esa misma utopía, armados a veces con simples martillos caseros.

Arquitectura del derrumbe

Junto a los hechos de Polonia y Hungría, la caída del Muro de Berlín terminó de volver inequívoco un mensaje terrible para el resto de los gobiernos del Este europeo: la URSS, con su Ejército Rojo, esa *ultima ratio* de la estabilidad de su poder, ya no estaría allí para defenderlos ante desbordes internos.

Ya que, si Moscú no movía un dedo por Alemania, ¿por qué iba a hacerlo por Bulgaria? ¿O por Rumania? Como observó una vez Hans Magnus Enzensberger, el "imperio" soviético presentó la singularidad histórica única de transferir en lugar de extraer recursos de sus Estados satélite. Y mal que mal, Gorbachov intentaba privilegiar los intereses de su propio país, en un nuevo mundo económico-financiero donde la prosperidad

La primera crisis: Moscú cierra Berlín y los Aliados aprovisionan la ciudad por avión.



se logra más por las economías de escala que por el costoso lastre del control territorial directo sobre poblaciones hostiles.

Los ciudadanos comunes del Pacto de Varsovia también descifraron el mensaje. Checoslovaquia, bajo otro gobierno de línea dura, empezó a ser escenario de manifestaciones diarias el 17 de noviembre. Bulgaria -otro régimen duro-, el 18. El régimen checoslovaco aguantó hasta el 24 de noviembre. El búlgaro, hasta el 16 de diciembre. Como Polonia, Hungría y Alemania Oriental, estos dos países realizaron transiciones relativamente indoloras, no violentas, hacia la democracia de mercado. La única excepción en este sentido fue Rumania, donde el hiperdictador Nicolae Ceausescu usó a su tenebrosa Securitate -una especie de mezcla de policía política con guardia pretoriana, que llegó a tener el 10 por ciento de la población bajo su pago- para desencadenar un baño de sangre en las vísperas de su hundimiento. La represión duró poco: Ceausescu cayó y fue fusilado por un golpe de Estado cívico-militar. La velocidad serial de estas caídas indica la ilegitimidad de esos regímenes: alcanzó el retiro de la "garantía soviética" y de la "Doctrina Brezhnev" para que al menos nueve temibles Estados totalitarios se desvanecieran en el aire.

Ya que el dominó no se detuvo allí. Yugoslavia, independiente de la órbita soviética, pero cuya unidad e integridad territorial habían dependido en gran parte de su carácter de jamón del sandwich entre el Pacto de Varsovia y la OTAN, y que desde la muerte del mariscal Tito en 1980 había vivido bajo un gobierno de titularidad rotativa entre sus respectivas repúblicas, asistió en 1989 al renacimiento de un agresivo nacionalismo serbio, lo que precipitó las secesiones de Croacia y Eslovenia en 1992, Bosnia-Herzegovina en 1993 y una serie de guerras que actualmente están sólo congeladas por la intervención de la Alianza Atlántica. Albania, después del excéntrico aislacionismo de Enver Hoxha, pasó a algo parecido a una democracia multipartidaria, para luego hundirse en una crisis financiera y posteriormente repartir sus jugadas entre el narcotráfico y el conflicto de Kosovo. Incluso Checoslovaquia se dividió entre la liberal República Checa y la estatista Eslovaquia (aunque esta vez fue sin sangre).

Última ratio

Sin embargo, quedaba aún incólume la pieza mayor, la más inspeorada, del efecto dominó: la propia Unión Soviética. Las agitaciones nacionalistas e independentistas ya se habían manifestado en el atrasado Cáucaso en la segunda mitad de los 80 (particularmente entre el



La segunda crisis: la RDA comienza a construir el Muro.

Azerbaiján musulmán y la Armenia cristiana, con su guerra por Nagorno Karabaj, y también en Georgia); y luego fue el turno de Lituania, Letonia y Estonia, las tres europeístas repúblicas bálticas.

No obstante, el hecho más decisivo y dramático ocurrió en 1990, cuando el reformista Boris Yeltsin, ex jefe del Partido Comunista en Moscú y primer alcalde libremente electo de la ciudad en marzo de 1989, fue elegido de modo igualmente libre como presidente de la

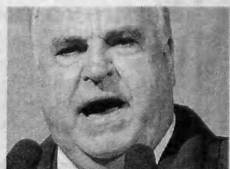
Unión estaba en manos de su principal antagonista?

La situación se agravaba por el fracaso de la gestión económica, que extremaba el desabastecimiento y liquidaba lo poco que quedaba de confianza en el rublo, lo que quebró la relación entre el campo y las ciudades, interrumpió el comercio interregional e interrepúblico, retrogradó las transacciones comerciales al trueque y determinó que repúblicas como Ucrania y Bielorrusia vieran la independencia cada vez con mejores ojos. Gorbachov quedó suspendido en un limbo sociopolítico entre dos fuerzas que le eran ajenas, y no le respondían: la de Yeltsin, dispuesto a pactar con Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán la disolución de la URSS con tal de hacerse del poder total en Rusia y de sacarse de encima a Gorbachov, y la de los restos de la vieja guardia comunista más comprometidas con el statu quo corporativo de la Unión, que veían a Gorbachov como al Gran Desintegrador y que en 1990 pasaron por encima suyo y reprimieron sin su autorización en las repúblicas bálticas. Irónicamente, en octubre de ese mismo año la Academia Sueca le otorgó a Gorbachov el Premio Nobel de la Paz: toda una recompensa por perder la guerra.

La hora de la verdad llegó el 17 de agosto de 1991, cuando Gorbachov y su esposa Raisa fueron secuestrados por sus propios guardaespaldas en su dacha de vacaciones en Crimea, mientras una junta de ocho grisáceos *apparatchiks* en Moscú proclamaba al presidente "enfermo" y asumía las riendas del poder. Se trataba de un golpe de Estado, pero de uno extraordinariamente torpe, indeciso y mal ejecutado: Yeltsin, Anatoli Sobchak -alcalde de Leningrado- y otras figuras líderes de la oposición reformista no fueron detenidas preventivamente antes de la intenciona; las principales ciudades no fueron ocupadas por los militares; Moscú -por el contrario- se llenó de manifestantes y Yeltsin les habló parado sobre un tanque; la represión fue parcial, periférica y esporádica, y finalmente el ejército decidió replegarse. Incluso las tropas de la KGB, las más comprometidas con la restauración

POR HELMUT KOHL *

"Casi como en otro planeta"



Paradójicamente, yo no estaba en Alemania, sino en Polonia. Antes y durante el banquete que me ofrecía el primer ministro Mazowiecki nos llegaron los primeros rumores. Con el transcurso de las horas, se confirmaron los dramáticos acontecimientos que estaban teniendo lugar en Berlín. La Cancillería nos informaba continuamente y después escuchamos las primeras noticias de otras capitales occidentales. Sin duda fue uno de los momentos más dramáticos de la historia reciente. Y en esas horas estábamos fuera de los acontecimientos, nos sentíamos casi como si estuviésemos en otro planeta.

* Kohl fue canciller federal de Alemania entre 1982 y 1998.

totalitaria, defecionaron en el instante final. El golpe se derrumbó sin pena ni gloria, y algunos de sus protagonistas se suicidaron.

Gorbachov volvió a Moscú, pero ya era un hombre vencido: no podía apoyarse en un Partido Comunista que recién había tratado de derrocarlo, y ser salvado por Yeltsin indicaba que era éste quien ahora sostenía las riendas del poder. Y así fue, en efecto. Yeltsin y sus pares de Ucrania, Bielorrusia y las otras repúblicas pactaron la disolución de

Telón: La hora de la verdad llegó el 17 de agosto de 1991, cuando Gorbachov y su esposa fueron secuestrados por sus propios guardaespaldas.

la URSS y su reemplazo por una laxa "Comunidad de Estados Independientes", y la ficción del poder soviético rindió su último símbolo el 31 de diciembre de ese mismo año, cuando la bandera roja con la hoz y el martillo fue arriada de los mástiles del Kremlin para ser reemplazada por la antigua enseña tricolor de la Rusia zarista.

El modo relativamente pacífico en que se desplomó esta formidable ficha final del dominó entrega una úl-

tima sorpresa: que no sólo los Estados de Europa del Este sino la propia Unión Soviética e incluso la misma Rusia eran países regidos por una *Nomenklatura* que hacía mucho tiempo carecía de todo contacto con la población, había fracasado en la empresa de construir una nacionalidad soviética, y se desplomó cuando la economía dejó de funcionar. Si el "comunismo" hubiera retenido algún vestigio de legitimidad, no se hubiera derrumbado sin siquiera un conato de guerra civil. Al mismo tiempo, y paradójicamente, la renuencia de los golpistas de Moscú a la represión pareciera indicar una vacilación frente al ideario al que habían consagrado sus vidas. También persiste una constatación desagradable: que "el triunfo de la libertad" significó en muchos casos la puerta de entrada al separatismo, la guerra y la masacre.

Sin duda, Gorbachov no tenía muchas alternativas ante el pedido -tan desesperado como irreal- que Honecker le formuló en 1989 en Berlín Este, pero es difícil que no haya vuelto a preguntarse desde entonces qué desató exactamente el mismo al recomendarle en público que se adaptara al "impulso de los tiempos". También sería extraño que no hubiera repensado sus impresiones de junio de ese mismo año, cuando los tanques del ejército chino abrieron fuego en Tienanmen.

POR MIJAIL GORBACHOV *

"Me enteré a la mañana"

Excepto por algunos funcionarios de guardia, la noche del 9 de noviembre de 1989 no había nadie en el Kremlin. A las diez de la noche había terminado de trabajar y me dirigí a la residencia en las afueras de Moscú para pasar la noche. A la mañana siguiente me dijeron lo que había pasado. Yo ya sabía que todo el proceso anterior podía desembocar en una situación semejante. Naturalmente, me informé cómo habían reaccionado nuestros amigos alemanes en la República Democrática. Ellos dijeron que consideraban correcta su decisión, que había que respetar la voluntad popular en vez de actuar en su contra. Y yo les dije: "Tienen razón". Eso fue lo que dije, y eso fue todo. Eso ocurrió en la mañana del 10 de noviembre.

* A la caída del Muro, Gorbachov era jefe de Estado de la URSS y secretario general del PCUS.



POR GEORGE BUSH *

"No sabíamos qué iba a pasar"

Eran casi las tres de la tarde, hora de Washington, cuando recibí en el Salón Oval las primeras informaciones de los medios de prensa sobre los sucesos en Berlín. En ese momento no teníamos ninguna información previa de que el Muro caería, ni una página de los servicios secretos que indicara que en ese momento toda la situación iba a cambiar. Los líderes del Senado y de Diputados me propusieron volar a Berlín y bailar sobre el Muro junto a los jóvenes que celebraban su libertad. Creo que fue la propuesta más tonta jamás presentada a un presidente de Estados Unidos, ya que una sola reacción equivocada de EE.UU. podría haber sido entendida como una provocación por los militares soviéticos. Hay momentos en que es mejor comprometerse a apoyar y, por lo demás, hay que guardar reserva. Es lo que hicimos.

* 1989 fue el primer año de Bush como presidente.



OPINION

Por Fidel Castro

El nuevo orden es insostenible

El sistema actual es insostenible, porque se sustenta sobre leyes ciegas, caóticas, ruinosas y destructivas de la sociedad y la naturaleza. Los propios teóricos de la globalización neoliberal, sus mejores académicos, expositores y defensores del sistema se muestran inciertos, vacilantes, contradictorios. Hay mil interrogantes que no pueden ser respondidos. Es hipócrita afirmar que la libertad del hombre y la absoluta libertad del mercado son conceptos inseparables, como si las leyes de éste, que han originado los sistemas sociales más egoístas, desiguales y despiadados que ha conocido el hombre, fuesen compatibles con la libertad del ser humano, al que el sistema convierte en una simple mercancía. Sería mucho más exacto decir que sin igualdad y fraternidad, que fueron lemas sacrosantos de la propia revolución burguesa, no puede haber jamás libertad, y que la igualdad y la fraternidad son absolutamente incompatibles con las leyes del mercado. Las decenas de millones de niños en el mundo obligados a trabajar, a prostituirse, a suministrar órganos, a vender drogas para sobrevivir; los cientos de millones de personas sin empleo, la pobreza crítica, el tráfico de drogas, de inmigrantes, de órganos humanos, como el colonialismo ayer y su dramática escuela actual de subdesarrollo, y cuanta calamidad social existe en el mundo de hoy, se han originado en sistemas que se basaron en esas leyes. No es posible olvidar que la lucha por los mercados originó la espantosa carnicería de las dos guerras mundiales de este siglo. Tampoco se puede ignorar que los principios del mercado son parte inseparable del desarrollo histórico de la humanidad, pero cualquier hombre racional tiene todo el derecho a rechazar la pretendida perennidad de tales principios de carácter social como base del ulterior desarrollo de la especie humana. Los más fanáticos defensores y creyentes del mercado han terminado convirtiéndolo en una nueva religión. Surge así la teología del mercado. Sus académicos, más que científicos, son teólogos; es para ellos una cuestión de fe. Por respeto a las verdaderas religiones practicadas honestamente por miles de millones de personas en el mundo y a los verdaderos teólogos, podríamos sencillamente añadir que la teología del mercado es sectaria, fundamentalista y antiecuménica. Por muchas otras razones, el orden mundial actual es insostenible. Un biotecnólogo diría que en su mapa genético aparecen numerosos genes que lo conducen a su propia destrucción.

Nuevos e insospechados fenómenos surgen, que escapan a todo control de gobiernos e instituciones financieras internacionales. No se trata ya sólo de la creación artificial de fabulosas riquezas sin ninguna relación con la economía real. Tal es el caso de los cientos de nuevos multimillonarios que surgen al multiplicarse en los últimos años el precio de las acciones de las bolsas de valores en Estados Unidos, como un gigantesco globo que se infla hasta el absurdo con grave riesgo de que tarde o temprano estalle. Ya ocurrió en 1929, originando una profunda depresión que duró toda una década. Que el actual orden económico es insostenible lo evidencia la propia vulnerabilidad y endeblez del sistema, que ha convertido el planeta en un gigantesco casino, a millones de ciudadanos y en ocasiones a sociedades enteras en jugadores de azar, desvirtuando la función del dinero y de las inversiones, ya que aquéllos buscan a toda costa no la producción ni el incremento de las riquezas del mundo, sino ganar dinero con dinero. Tal deformación conducirá a la economía mundial a un inevitable desastre. Hay que programar el desarrollo del mundo. Esa tarea no puede quedar en manos de las transnacionales y de las ciegas y caóticas leyes del mercado. La Organización de Naciones Unidas constituye una buena base, reúne ya mucha información y experiencia; hay que luchar simplemente por democratizarla, poner fin a la dictadura del Consejo de Seguridad y a la dictadura dentro del propio Consejo, al menos ampliándolo con nuevos miembros que ostentan ese carácter y cambiando las reglas para la toma de las decisiones. Hay que ampliar, además, las funciones y la autoridad de la Asamblea General. Ojalá no sea mediante crisis económicas catastróficas que aparezcan soluciones. Miles de millones de personas del Tercer Mundo serían las más afectadas. Un elemental sentido de las realidades tecnológicas y del poder destructivo de las armas modernas nos obliga a pensar en el deber de impedir que los conflictos de intereses que inevitablemente se desatarán conduzcan a guerras sangrientas.



ENTREVISTA AL SOCIOLOGO FRANCÉS ALAIN TOURAINE

"Izquierda y derecha"

Por Eduardo Febbro
Desde París

—Perdone: ¿usted es de izquierda o de derecha, progresista o más bien de centro?—. "Bueno, de derecha no soy... pero, a ver, si tomo por la tercera vía en una de esas me pierdo. En cambio, si camino por el nuevo centro no distingo muy bien... y si voy acompañado por alguien de la nueva izquierda, tengo miedo de olvidarme cómo era la de antes. En cuanto a lo de progresista, todavía no sé qué quiere decir. La verdad, me cuesta responderle". Entre la guerra de definiciones y liderazgos entre los distintos líderes políticos, las transformaciones de la izquierda, los cambios de nombres de los partidos y las alianzas entre fuerzas de izquierda moderada, centristas, ecologistas y comunistas —así ocurre en Francia—, la definición conceptual de lo que significa hoy ser de izquierda es un rompecabezas.

El gobierno francés está basado en un armazón que une a socialistas, verdes y comunistas; el alemán, en una alianza entre ecologistas y sectores de derecha de la socialdemocracia; el italiano es una mezcla de todo lo que existe en el tablero político y el británico parece ser un invento genuino del primer ministro Tony Blair. ¿Quién y cómo se es de izquierda? ¿Cómo hacer la síntesis en medio de tantas vías? Nada resulta más complicado, incluso para los mismos socialistas franceses que trabajan en el texto que será adoptado en París durante la internacional socialista. El ex primer ministro socialista Pierre Mauroy, presidente de la Internacional, reconoció hace unos días que era muy posible que "incluso no se pueda hacer la síntesis" entre las distintas propuestas. Página/12 intentó buscar respuestas con un pensador representativo de la corriente de izquierda. El sociólogo francés Alain Touraine, famoso por sus libros y sus polémicas.

—¿Qué es para usted una democracia progresista?

—Su pregunta me llama la atención: ¿por qué progresista? Yo creo que el concepto de izquierda es válido aún, que se lo puede emplear sin rodeos. Me parece que hoy la gran complejidad de las cosas, la enorme confusión que im-

pad de creación, los derechos humanos, digamos: derechos humanos; políticos, sociales y culturales. Por ejemplo, tomemos una imagen: si digo "la educación debe estar centrada en torno de la transmisión de los valores de la sociedad". Esa es la definición de la derecha. En cambio, si enuncio que "la escuela debe darles al individuo, al niño, la capacidad de elegir libremente". Esa es una definición de izquierda. Actualmente, tanto la izquierda como la derecha tienen grandes dificultades para definirse en términos de representatividad. A la izquierda nos encontramos con una primera y una segunda izquierda. Hay una izquierda arcaica que dice "igualdad, intervención del Estado en un sentido igualitario". Luego hay una segunda izquierda, que es la que accede cada vez más al poder, que es más individualista, que defiende las chances del individuo, el reconocimiento de la diversidad. A la derecha me parece que reina una confusión total. Por el momento, en Europa, no veo más ninguna derecha. En los países de América latina, tradicionalmente, si tomo por ejemplo el Brasil, nunca hubo un partido de derecha. Diría lo mismo para la Argentina, donde el partido de derecha es el Ejército. Creo que el problema que conoce la derecha es que es liberal pero, a diferencia de antes, cuando podía popularizar sus valores con el tema de la nación, ahora ya no puede hacerlo. Con la mundialización, la construcción europea, ya no se puede ver muy bien qué quiere decir eso de nación. En todo caso, se hace evidente que, en el clima de la izquierda, aparece una corriente más libertaria que republicana o estatista: cualquiera sea el vocabulario, comunista, socialista, la izquierda defendió a las mujeres, a los homosexuales, las minorías, las et-

El pensador francés avisa, con mordacidad, que ahora "la derecha es colectivista y la izquierda es individualista". Y que ya no hay discursos monolíticos, sino una confusión que puede ser creativa y original.

ra ya no puede hacerlo. Con la mundialización, la construcción europea, ya no se puede ver muy bien qué quiere decir eso de nación. En todo caso, se hace evidente que, en el clima de la izquierda, aparece una corriente más libertaria que republicana o estatista: cualquiera sea el vocabulario, comunista, socialista, la izquierda defendió a las mujeres, a los homosexuales, las minorías, las et-

1917 ■ RUSIA ■ SOBRE UNA DE CARLOS MARX, DIRIGI Y CON UN ELENCO ÉSTELAR "LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA TRAS VARIAS TEMPORADAS BAJA DE CARTEL EN 1989



Riesgo: "Es muy peligroso definir a la izquierda, como se hace en América latina y en Francia, mediante la hostilidad a la economía de mercado".

pera radica en que las diferencias entre la izquierda y la derecha se dieron vuelta. Antes, la derecha era individualista y la izquierda, colectivista. Hoy es al revés: la derecha es colectivista y la izquierda, individualista. ¿Qué quiere decir colectivista? De manera sumaria, la derecha nos dice: el mercado, el sistema, las redes, el mundo internacional, es decir, las fuerzas impersonales. La izquierda, por el contrario, es esencialmente individualista, o sea que defiende la libertad del individuo, la liber-

OPINION

Por Fidel Castro

El nuevo orden es insostenible

El sistema actual es insostenible, porque se sustenta sobre leyes ciegas, caóticas, ruinosas y destructivas de la sociedad y la naturaleza. Los propios teóricos de la globalización neoliberal, sus mejores académicos, expositores y defensores del sistema se muestran inciertos, vacilantes, contradictorios. Hay mil interrogantes que no pueden ser respondidos. Es hipocrita afirmar que la libertad del hombre y la absoluta libertad del mercado son conceptos inseparables, como si las leyes de éste, que han originado los sistemas sociales más egoístas, desiguales y despiadados que ha conocido el hombre, fuesen compatibles con la libertad del ser humano, al que el sistema convierte en una simple mercancía. Sería mucho más exacto decir que sin igualdad y fraternidad, que fueron lemas sacrosantos de la propia revolución burguesa, no puede haber jamás libertad, y que la igualdad y la fraternidad son absolutamente incompatibles con las leyes del mercado. Las decenas de millones de niños en el mundo obligados a trabajar, a prostituirse, a suministrar órganos, a vender drogas para sobrevivir; los cientos de millones de personas sin empleo, la pobreza crónica, el tráfico de drogas, de inmigrantes, de órganos humanos, como el colonialismo ayer y su dramática secuela actual de subdesarrollo, y cuanto calamidad social existe en el mundo hoy, se han originado en sistemas que se basaron en esas leyes. No es posible olvidar que la lucha por los mercados originó la espantosa carnicería de las dos guerras mundiales de este siglo. Tampoco se puede ignorar que los principios del mercado son parte inseparable del desarrollo histórico de la humanidad, pero cualquier hombre racional tiene todo el derecho a rechazar la pretendida perennidad de tales principios de carácter social como base del ulterior desarrollo de la especie humana. Los más fanáticos defensores y creyentes del mercado han terminado convirtiéndolo en una nueva religión. Surge así la teología del mercado. Sus académicos, más que científicos, son teólogos; es para ellos una cuestión de fe. Por respeto a las verdaderas religiones practicadas honestamente por miles de millones de personas en el mundo y a los verdaderos teólogos, podríamos sencillamente añadir que la teología del mercado es sectaria, fundamentalista y antecientífica. Por muchas otras razones, el orden mundial actual es insostenible. Un biotecnólogo diría que en su mapa genético aparecen numerosos genes que lo conducen a su propia destrucción.

Nuevos e insospechados fenómenos surgen, que escapan a todo control de gobiernos e instituciones financieras internacionales. No se trata ya sólo de la creación artificial de fabulosas riquezas sin ninguna relación con la economía real. Tal es el caso de los cientos de nuevos multimillonarios que surgen al multiplicarse en los últimos años el precio de las acciones de las bolsas de valores en Estados Unidos, como un gigantesco globo que se infla hasta el absurdo con grave riesgo de que tarde o temprano estalle. Ya ocurrió en 1929, originando una profunda depresión que duró toda una década. Que el actual orden económico es insostenible lo evidencia la propia vulnerabilidad y endeblez del sistema, que ha convertido el planeta en un gigantesco casino, a millones de ciudadanos y empresarios a sociedades enteras en jugadores de azar, desvirtuando la función del dinero y de las inversiones, ya que aquellos buscan a toda costa no la producción ni el incremento de las riquezas del mundo, sino ganar dinero con dinero. Tal deformación conducirá a la economía mundial a un inevitable desastre. Hay que programar el desarrollo del mundo. Esa tarea no puede quedar en manos de las transnacionales y de las ciegas y caóticas leyes del mercado. La Organización de Naciones Unidas constituye una buena base, reúne ya mucha información y experiencia; hay que luchar simplemente por democratizarla, poner fin a la dictadura del Consejo de Seguridad y a la dictadura dentro del propio Consejo, al menos ampliándolo con nuevos miembros que ostenten ese carácter y cambiando las reglas para la toma de las decisiones. Hay que ampliar, además, las funciones y la autoridad de la Asamblea General. Ojalá no sea mediante crisis económicas catastróficas que aparezcan soluciones. Más de millones de personas del Tercer Mundo serían las más afectadas. Un elemental sentido de las realidades tecnológicas y del poder destructivo de las armas modernas nos obliga a pensar en el deber de impedir que los conflictos de intereses que inevitablemente se desatarán conduzcan a guerras sangrientas.



ENTREVISTA AL SOCIOLOGO FRANCES ALAIN TOURAINE

"Izquierda y derecha se dieron vuelta"

Por Eduardo Febbro
Desde París

—Perdone: ¿usted es de izquierda o de derecha, progresista o más bien de centro?—
—Bueno, de derecha no soy... pero, a ver, si tomo por la tercera vía una de esas me pierdo. En cambio, si camino por el nuevo centro no distingo muy bien... y si voy acompañado por alguien de la nueva izquierda, tengo miedo de olvidarme cómo era la de antes. En cuanto a lo de progresista, todavía no sé qué quiere decir. La verdad me cuesta responderle. Entre la guerra de definiciones y liderazgos entre los distintos líderes políticos, las transformaciones de la izquierda, los cambios de nombres de los partidos y las alianzas entre fuerzas de izquierda moderna, cristianas, ecologistas, feministas—¿así ocurre en Francia—, la definición conceptual de lo que significa hoy ser de izquierda es un rompecabezas.

El gobierno francés está basado en un armazón que une a socialistas, verdes y comunistas; el alemán, en una alianza entre ecologistas y sectores de derecha de la socialdemocracia; el italiano es una mezcla de todo lo que existe en el tablero político y el británico parece ser un invento genuino del primer ministro Tony Blair. ¿Quién y cómo es de izquierda? ¿Cómo hacer la síntesis en medio de tantas vías? Nada resulta más complicado, incluso para los mismos socialistas franceses que trabajan en el texto que se adoptó en París durante la internacional socialista. El ex primer ministro socialista Pierre Mauroy, presidente de la Internacional, reconoció hace unos días que era muy posible que "incluso no se pueda hacer la síntesis" entre las distintas propuestas. Página/12 intentó buscar respuestas con un pensador representante de la corriente de izquierda. El sociólogo francés Alain Touraine, famoso por sus libros y sus polémicas.

—¿Qué es para usted una democracia progresista?—
—Su pregunta me llama la atención, porque una progresista... Yo creo que el concepto de izquierda es válido aún, que se lo puede emplear sin rodeos. Me parece que hoy la gran complejidad de las cosas, la enorme confusión que im-

pera radica en que las diferencias entre la izquierda y la derecha se dieron vuelta. Antes, la derecha era individualista y la izquierda, colectivista. Hoy es al revés: la derecha es colectivista y la izquierda, individualista. ¿Qué quiere decir colectivista? De manera sumaria, la derecha nos dice: el mercado, el sistema, las redes, el mundo internacional, es decir, las fuerzas impersonales. La izquierda, por el contrario, es esencialmente individualista, o sea que defiende la libertad del individuo, la liber-

El pensador francés
avisa, con
mordacidad, que
ahora "la derecha es
colectivista y la
izquierda es
individualista". Y que
ya no hay discursos
monolíticos, sino
una confusión que
puede ser creativa
y original.

ra ya no puede hacerlo. Con la mundialización, la construcción europea, ya no se puede ver muy bien qué quiere decir eso de nación. En todo caso, se hace evidente que, en el clima de la izquierda, aparece una corriente más libertaria que republicana o estatista; cualquiera sea el vocabulario, comunista, socialista, la izquierda defendió a las mujeres, a los homosexuales, las minorías, las et-

nias.
—¿Cómo es entonces esa izquierda del tercer milenio, capaz de hacerse cargo de la fractura social e integrar esos componentes?—

—Es muy peligroso definir a la izquierda, como se hace muy a menudo en América latina y en Francia, mediante la hostilidad a la economía de mercado. Desde luego que no vamos a crear un nuevo peronismo o un nuevo gaullismo. Si usted cree que la apertura internacional de la economía aplasta las sociedades, entonces sea ni de izquierda ni de derecha sino un extremista de extrema derecha o de extrema izquierda. Defínase así e hablar en el aire. El planteo es que sólo se puede hablar de democracia y de izquierda cuando se admite que en el marco de una economía abierta internacionalmente hay una fuerte posibilidad de intervención política y social. Si no se cree en eso, a lo sumo se puede ser de derecha, o más bien de extrema derecha, pero de ninguna manera de izquierda. Todos los que hablan de socialismo único, de horror económico, pues bien, eso no es un pensamiento de izquierda sino un pensamiento desesperado. Es una denuncia que en el fondo afirma: "no podemos hacer nada". Entonces... si no se puede hacer nada, lo mismo vale ser de derecha que de izquierda, descubriendo ahora que todas esas ide-

as son falsas. Se trata de una ideología muy nociva que se expandió por el mundo.

—¿Usted afirma que denunciar el pensamiento único no sirve, que con eso no se es de izquierda.

—Claro, no es suficiente y además resulta falso. En primer lugar, la idea según la cual estamos dominados por el mercado, francamente no veo de dónde le venga eso. Es cierto que a veces estamos dominados por algunos vastos fondos de pensión, algunas empresas transnacionales, el Banco Mundial... Pero, la verdad, el mercado propiamente dicho, el mercado en competencia, no hay mucho. La mundialización de la economía no es la mundialización de una economía de mercado. En segundo lugar, no puede confundirse una economía de mercado con la autonomía de las finanzas en relación con la economía. Es obvio que debemos luchar contra la autonomía del capital financiero... En tercer lugar, la economía no son solamente los intercambios internacionales. Hasta diría que eso se reduce cada vez que. Por ejemplo, ¿qué es el Mercado? Mercosur quiere decir que el comercio entre el Brasil y la Argentina es un comercio interior y no internacional. Lo mismo ocurre en la Unión Europea. No se puede considerar más el comercio entre Francia, Italia y Alemania como un comercio internacional ya que se trata dentro de un espacio regido por una moneda única. No hay que confundir las cosas: la economía es ante todo la producción y, hoy, la investigación científica y tecnológica. En este sentido, la izquierda europea con respecto de EE.UU. no es el dólar sino el monopolio norteamericano de las nuevas tecnologías. La gran debilidad de América latina siempre fue su escasa innovación tecnológica. Por eso digo que es tan importante hablar de tecnología como de finanzas internacionales. Y cuando digo tecnología me refiero a la educación, que es vital. Cualquier economista puede certificarle que, en la actualidad, el factor determinante es la educación, la formación. No veo por qué la apertura de finanzas internacionales terminaría el reparto de las riquezas. Por eso no tenemos el derecho de afirmar que la economía se reduce a los intercambios mercantiles. La tecnología y el reparto de las riquezas son tan importantes como los intercambios. Lo nuevo en el mundo de hoy es precisamente en eso: los lazos entre el reparto de las riquezas, la producción y la formación son cada vez más importantes.

—¿Y...?
—¿QUÉ LE PARECIÓ?—
—NO SÉ... ME GUSTÓ MÁS EL LIBRO

—Para usted, el mercado no es el gran demonio.
—Diría que esa imagen del mercado todopoderoso es una imagen completamente arcaica. Tal vez fue cierta en 1900, en el momento del gran triunfo de la economía inglesa. Hoy no. El desarrollo, por ejemplo, no se dará ya hacia adentro sino desde adentro. Los factores internos adquieren una gran trascendencia. Ese es precisamente el gran problema de un país como Argentina. Era un país exportador que no se industrializó durante la guerra mientras que Brasil y Chile lo hacían. La Argentina lleva 10 años de un período de cambios y de potentes desigualdades.

1989 ■ BERLÍN ■ ESPÍAS GERMANO-ORIENTALES OBTIENEN LA FÓRMULA SECRETA DE LA HAMBURGUESA ■ EL SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO SE DIRIGE AL PUEBLO



ENTREVISTA A JORGE CASTAÑEDA

"EE.UU. sigue tentándose"

Por Mónica Flores Correa
Desde Nueva York

Para Jorge Castañeda, periodista y teórico de izquierda, el derrumbe del imperio soviético tuvo un impacto doble en Latinoamérica, con un aspecto negativo y otro favorable. "Hubo un impacto negativo porque la hegemonía ideológica y política de las llamadas reformas de mercado o neoliberalismo se impusieron en forma categórica y más fácilmente. Se debilitaron los paradigmas tradicionales de las elites latinoamericanas, tra-

nsformación y actualización de la izquierda latinoamericana. "Este impacto fue mucho más positivo. Y es un proceso que también se había iniciado con anterioridad y que, a partir de los acontecimientos de Europa oriental, cobró más ímpetu y se desarrolló en forma más contundente. La izquierda se distanció del socialismo de Moscú, de Cuba, del autoritarismo y ahora se encuentra en busca de una identidad pertinente", señaló.

Castañeda dijo que no creía que las clases políticas de la región hubiesen cambiado desde el colapso de la Cortina de Hierro. "Siguen siendo hábiles, mafiosas, pero muy cortoplacistas. No tienen una visión estratégica para sus países, con la excepción de Brasil. Las dirigencias políticas de izquierda han iniciado un proceso de "aggiornamento", pero es incipiente, en parte, porque son las mismas dirigencias que estaban antes. No hay muchos países donde se haya dado un cambio de la liderazgo, quizá una excepción sea la Argentina y también Venezuela".

Otro cambio concreto es que Estados Unidos ya no necesita la intervención para sus fines geopolíticos. "Puede necesitarlos por otros motivos, como ha sido el caso de México, cuyo gobierno hasta hace poco se parecía a una dictadura a la que EE.UU. apoyaba por razones de política interna y fronteras", observó.

Para Castañeda, en la región se puede estar representada ahora por motivos migratorios o de narcotráfico. En cualquier caso, hay una gran continuidad en la tentación de intervenciónista. Pero EE.UU. actúa en forma distendida. "Procede con mucha más prudencia, calma y meticulosidad. Lo vemos también en el caso de Colombia. No se ha lanzado allí a la aventura".

—¿EE.UU. "Procede con mucha más prudencia, calma y meticulosidad. Lo vemos también en el caso de Colombia. No se ha lanzado allí a la aventura sino que está buscando alternativas porque tiene miedo de que esta empresa le salga mal", dijo.

"La tercera vía es un 'basta'"

—¿Cuál es el balance que usted hace de estos 10 años?

—En primer lugar, lo que podemos decir es que el siglo XX resultó un siglo corto: digamos que comenzó en 1914, que es el fin del siglo XIX, y terminó en 1989. El fin del sistema soviético y comunista es una fecha fundamental. En América latina, a partir de 1989 ya no existe más la elección entre dos modelos opuestos: Quedan, obviamente, muchas otras elecciones posibles. Esa idea del modelo único y del pensamiento único es una falacia. Pero la idea de que existía un contramodelo social, político, cultural, ideológico, como los modelos soviético y cubano, eso se acabó. No vale la pena discutir sobre lo que es la evidencia encarnada. Por consiguiente, diría que la caída del Muro es una fecha fundamental. Sin embargo, el error, el error al estilo Fukuyama, consiste en creer que la caída del Muro, que el fin de la Guerra Fría con la victoria norteamericana quiere decir que de ahora en más sólo queda un modelo único. Me permito recordarle que una parte importante del mundo vivo bajo el régimen chino, es decir, en un régimen perfectamente autoritario. Después del shock de la caída del Muro de Berlín, al cabo de estos diez años transcurridos marcados por el triunfo de la ideología liberal, vemos reaparecer el deseo de una "tercera vía". Es una expresión tan vaga que no quiere decir nada. Pero, en todo caso, esto está indicando un marcado "basta", un "estamos cansados del terremoto liberal". Hemos destruido las cosas viejas; ahora debemos reconstruirlo todo. Necesitamos reintroducir los problemas sociales y políticos en las lógicas de la acción gubernamental.

e dieron vuelta"

nias.

—¿Cómo es entonces esa izquierda del tercer milenio, capaz de hacerse cargo de la fractura social e integrar esos componentes?

—Es muy peligroso definir a la izquierda, como se hace muy a menudo en América latina y en Francia, mediante la hostilidad a la economía de mercado. Desde luego que no vamos a crear un nuevo peronismo o un nuevo gaullismo. Si usted cree que la apertura internacional de la economía aplasta las sociedades, entonces no sea ni de izquierda ni de derecha sino un extremista de extrema derecha o de extrema izquierda. Definirse así es hablar en el aire. El planteo es que sólo se puede hablar de democracia y de izquierda cuando se admite que en el marco de una economía abierta internacionalmente hay una fuerte posibilidad de intervención política y social. Si no se cree en eso, a lo sumo se puede ser de derecha, o más bien de extrema derecha, pero de ninguna manera de izquierda. Todos los que hablaron de pensamiento único, de horror económico, pues bien, eso no es un pensamiento de izquierda sino un pensamiento desesperado. Es una denuncia que en el fondo afirma: "no podemos hacer nada". Entonces... si no se puede hacer nada, lo mismo vale ser de derecha. Creo que estamos descubriendo ahora que todas esas ide-

as son falsas. Se trata de una ideología muy nociva que se expandió por el mundo.

—Usted afirma que denunciar el pensamiento único no sirve, que con eso no se es de izquierda.

—Claro, no es suficiente y además resulta falso. En primer lugar, la idea según la cual estamos dominados por el mercado, francamente no veo de dónde la gente saca eso. Es cierto que a veces estamos dominados por algunos vastos fondos de pensión, algunas empresas transnacionales, el Banco Mundial... Pero, la verdad, el mercado propiamente dicho, el mercado en competencia, no hay mucho. La mundialización de la economía no es la mundialización de una economía de mercado. En segundo lugar, no puede confundirse una economía de mercado con la autonomía de las finanzas en relación con la economía. Es obvio que debemos luchar contra la autonomía del capital financiero... En tercer lugar, la economía no son solamente los intercambios internacionales. Hasta diría que eso se reduce cada vez más. Por ejemplo ¿qué es el Mercosur? Mercosur quiere decir que el comercio entre el Brasil y la Argentina es un comercio interior y no internacional. Lo mismo ocurre en la Unión Europea. No se puede considerar más el comercio entre Francia, Italia o Alemania como un comercio internacional ya que se da dentro de un espacio regido por una moneda única. No hay que confundir las cosas: la economía es ante todo la producción y, hoy, la producción es la tecnología, la investigación científica y tecnológica. En este sentido, la debilidad de Europa con respecto de EE.UU. no es el dólar sino el monopolio norteamericano de las nuevas tecnologías. La gran debilidad de América latina siempre fue su escasa innovación tecnológica. Por eso digo que es tan importante hablar de tecnología como de finanzas internacionales. Y cuando digo tecnología me refiero a la educación, que es vital. Cualquier economista puede certificarle que, en la actualidad, el factor determinante es la educación, la formación. No veo por qué la apertura económica determinaría el reparto de las riquezas. Por eso no tenemos el derecho de afirmar que la economía se reduce a los intercambios mercantiles. La tecnología y el reparto de las riquezas son tan importantes como los intercambios. Lo nuevo en el mundo de hoy radica precisamente en eso: los lazos entre el reparto de las riquezas, la producción y la formación son cada vez más importantes.

—Para usted, el mercado no es el gran demonio.

—Diría que esa imagen del mercado todopoderoso es una imagen completamente arcaica. Tal vez fue cierta en 1900, en el momento del gran triunfo de la economía inglesa. Hoy ya no. El desarrollo, por ejemplo, no se dará ya hacia adentro sino desde adentro. Los factores internos adquieren mucha trascendencia. Ese es precisamente el gran problema de un país como Argentina. Era un país exportador que no se industrializó durante la guerra mientras que Brasil y Chile lo hacían. La Argentina lleva 10 años de un período de cambios y de potentes desigualdades.

1989 ■ BERLÍN ■ ESPÍAS GERMANO-ORIENTALES OBTIENEN LA FÓRMULA SECRETA DE LA HAMBURGUESA ■ EL SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO SE DIRIGE AL PUEBLO



EL ESTADO COMIENZA A FABRICAR SUS PROPIOS BIG-MAC, PERO... ¡¡OLVIDA PONERLE EL PEPINO!! ■ EL PUEBLO ADVIERTE EL ENGAÑO Y DERROCA AL RÉGIMEN

"La tercera vía es un 'basta'"

—¿Cuál es el balance que usted hace de estos 10 años?

—En primer lugar, lo que podemos decir es que el siglo XX resultó un siglo corto: digamos que comenzó en 1914, que es el fin del siglo XIX, y terminó en 1989. El fin del sistema soviético y comunista es una fecha fundamental. En América latina, a partir de 1989 ya no existe más la elección entre dos modelos opuestos. Quedan, obviamente, muchas otras elecciones posibles. Esa idea del modelo único y del pensamiento único es una falacia. Pero la idea de que existía un contramodelo social, político, cultural, ideológico, como los modelos soviético y cubano, eso se acabó. No vale la pena discutir sobre lo que es la evidencia encarnada. Por consiguiente, diría que la caída del Muro es una fecha fundamental. Sin embargo, el error, el error al estilo Fukuyama, consiste en creer que la caída del Muro, que el fin de la Guerra Fría con la victoria norteamericana quiere decir que de ahora en más sólo queda un modelo único. Me permito recordarle que una parte importante del mundo vive bajo el régimen chino, es decir, en un régimen perfectamente autoritario. Después del shock de la caída del Muro de Berlín, al cabo de estos diez años transcurridos marcados por el triunfo de la ideología liberal, vemos reaparecer el deseo de una "tercera vía". Es una expresión tan vaga que no quiere decir nada. Pero, en todo caso, esto está indicando un marcado "basta", un "estamos cansados del terremoto liberal". Hemos destruido las casas viejas: ahora debemos reconstruirlo todo. Necesitamos reintroducir los problemas sociales y políticos en las lógicas de la acción gubernamental.

IDEA ORIGINAL
DA POR LENIN
SE ESTRENA

" ■
DE ÉXITO

RECIO?



ENTREVISTA A JORGE CASTAÑEDA

"EE.UU. sigue tentándose"

Por Mónica Flores Correa
Desde Nueva York

Para Jorge Castañeda, periodista y teórico de izquierda, el derrumbe del imperio soviético tuvo un impacto doble en Latinoamérica, con un aspecto negativo y otro favorable. "Hubo un impacto negativo porque la hegemonía ideológica y política de las llamadas reformas de mercado o neoliberalismo se impusieron en forma categórica y más fácilmente. Se debilitaron los paradigmas tradicionales de las elites latinoamericanas, trá-

Positivo: "La izquierda se distanció del socialismo de Moscú, de Cuba, del autoritarismo y ahora se encuentra en busca de una identidad pertinente".

tese del consenso 'cepalino', trátase de una cierta autonomía de proyecto. Por ello, el consenso de Washington entró sin resistencia", dijo el profesor de ciencias políticas a Página/12.

"Este es un proceso que ya había empezado y que se hubiese dado igual. Pero la caída del Muro lo aceleró y lo facilitó", opinó el académico que actualmente dicta un curso en la Universidad de Nueva York. La otra consecuencia fue la

transformación y actualización de la izquierda latinoamericana. "Este impacto fue mucho más positivo. Y es un proceso que también se había iniciado con anterioridad y que, a partir de los acontecimientos de Europa oriental, cobró más ímpetu y se desarrolló en forma más contundente. La izquierda se distanció del socialismo de Moscú, de Cuba, del autoritarismo y ahora se encuentra en busca de una identidad pertinente", señaló.

Castañeda dijo que no creía que las clases políticas de la región hubiesen cambiado desde el colapso de la Cortina de Hierro: "Siguen siendo hábiles, mañosas, pero muy cortoplacistas. No tienen una visión estratégica para sus países, con la excepción de Brasil. Las dirigencias políticas de izquierda han iniciado un proceso de 'aggiornamento', pero es incipiente, en parte, porque son las mismas dirigencias que estaban antes. No hay muchos países donde se haya dado un cambio de la liderazgo, quizá una excepción sea la Argentina y también Venezuela".

Otro cambio concreto es que Estados Unidos ya no necesita dictaduras para sus fines geopolíticos. "Puede necesitarlas por otros motivos, como ha sido el caso de México, cuyo gobierno hasta hace poco se parecía a una dictadura a la que EE.UU. apoyaba por razones de política interna y fronterizas", observó. Para Castañeda, en la relación entre EE.UU. y la región se

han producido modificaciones y también hay ciertas continuidades. "Vemos una continuidad en la tentación que siente EE.UU. de involucrarse en conflictos internos de ciertos países cuando cree que su seguridad está amenazada. Esta sería la situación que ahora existe con Colombia y la lucha contra el narcotráfico y la guerrilla", dijo el intelectual. Explicó que esta visión de la seguridad "puede estar dada en términos estratégicos, locales, como lo fue en los primeros treinta años del siglo. Puede ser una visión geopolítica como durante la Guerra Fría, entre 1947 y 1989. O

EE.UU.: "Procede con mucha más prudencia, calma y meticulosidad. Lo vemos también en el caso de Colombia. No se ha lanzado allí a la aventura".

puede estar representada ahora por motivos migratorios o de narcotráfico. En cualquier caso, hay una gran continuidad en la tentación intervencionista". Pero EE.UU. actúa en forma distinta. "Procede con mucha más prudencia, calma y meticulosidad. Lo vemos también en el caso de Colombia. No se ha lanzado allí a la aventura sino que está buscando alternativas porque tiene miedo de que esta empresa le salga mal", dijo.

OPINION

Por Patricio Echegaray *

El fracaso del capitalismo

La caída del Muro de Berlín fue un fenómeno de enorme repercusión negativa para toda la cultura progresista y revolucionaria del planeta. Fue el comienzo de la derrota del llamado socialismo real, que culminó en 1991 con la desarticulación de la URSS y la clausura de la experiencia abierta por Lenin y los bolcheviques en 1917. Este acontecimiento que sumió a la izquierda y a los sectores progresistas en una situación de derrota y desorientación constituyó en realidad el fin de la Guerra Fría que, en verdad, fue una tercera guerra mundial librada por vías ideológicas y económicas a través de los medios de comunicación y la carrera militar. Estas vías fueron los instrumentos principales del imperialismo norteamericano para desestabilizar las construcciones socialistas, a lo cual hay que sumar importantes limitaciones y errores de estos proyectos. La caída del Muro consagró el éxito de la contrarrevolución conservadora encabezada por Reagan y Thatcher, el fin del mundo bipolar, y la consagración de una fuerte hegemonía capitalista norteamericana con su modelo económico neoliberal con hiperconcentración, hiperexclusión e hiperespeculación. Consagró un nuevo modelo de dominación, donde se combinan la manipulación de la subjetividad humana en base a las manufacturas del consenso, junto al brutal intervencionismo militar de Estados Unidos en cualquier lugar del planeta donde se vean afectados sus intereses coyunturales o estratégicos. A diez años de aquellos sucesos, sin duda el mundo resultante es más injusto, más inseguro, con más problemas y menos esperanza. Cunde la crisis económica con depresión, inflación y recesión. La cifra de hambrientos, según la Unesco, ha trepado a 800 millones, 1000 millones de analfabetos, 4000 millones de pobres, 250 millones de niños que trabajan regularmente, 130 millones de niños sin acceso a ninguna educación, 100 millones de personas que viven en la calle, 11 millones de menores de 5 años que mueren cada año por desnutrición, pobreza y enfermedades prevenibles o curables. Se produce un crecimiento constante de las diferencias entre ricos y pobres: las 250 personas más ricas del mundo tienen ingresos equivalentes al 50 por ciento de la humanidad de menores ingresos (3000 millones de personas). A todo esto hay que sumar los problemas ecológicos: destrucción despiadada de la naturaleza. Estamos ante un enorme fracaso del capitalismo y de su modelo más maduro, el neoliberal.

* Secretario general del Partido Comunista argentino.

REPORTAJE A URSULA OWEN, DEL "INDEX ON CENSORSHIP"

"Claro que todavía hay censura"

Por Andrew Graham-Yooll *

Pese a ser un producto de la Guerra Fría, la sobrevivió. También duró más que el Muro, como para demostrar al mundo que la censura existe bajo todos los sistemas. La revista *Index on Censorship* (Índice de la Censura) sigue publicándose en Londres seis veces por año, ahora bajo la dirección de Ursula Owen, una inglesa nombrada en el cargo en 1993 y que antes fuera una de las fundadoras de la editorial feminista Virago Press.

Según Owen, "la censura aún abunda, en muchas formas." Antes de 1989 en Europa y Estados Unidos "se pensaba que el imperio soviético era sinónimo de censura. Pero luego esa misma gente se fue despertando al hecho de que la censura está en muchas partes, en la noticia cultural, en el secretismo y la corrupción del mundo deportivo, en los conglomerados empresarios y la concentración de medios que abarcan desde los más grandes matutinos hasta una muy pequeña editorial".

Como prueba del interés que despierta la revista, Owen dice que se ha triplicado la circulación, que incluye unas nueve mil suscripciones y una distribución subsidiada por fundaciones auspiciantes. "En el mercado tan desarrollado que es el de Europa hay mucho interés en lo que sucede y se hace en China, Burma o Turquía. Claro, es difícil transmitir el mensaje de que todavía hay censura. Era mucho más fácil durante la Guerra Fría, cuando abundaba la información (y la propaganda) sobre los pecados de las superpotencias y sus clientes," explicó Owen en sus oficinas en Islington, al norte de Londres.

Index on Censorship apareció por primera vez a fines de 1972. Su primer director fue Michael Scammell, soviétólogo, autor de biografías de Solzhenitsyn y de Arthur Koestler. La preparación de la revista había sido larga y tortuosa. Partía, en primera instancia, de una carta del matemático ruso Pavel Litvinov publicada hacia fines de los años sesenta en *The Times* de Londres. La carta, escrita y enviada por mano meses antes de ser publicada, apelaba a quien pudiera interesarle a que denunciara el falso proceso por subversión, en 1966, de los escritores Yuri Daniels y Andrei Sin-yavsky (tuyo seudónimo era Abram Tertz), en Moscú. Ambos habían sido detenidos en setiembre de 1965. El juicio se convirtió en un caso clásico para la propaganda antisoviética de Occidente, y una causa de preocupación para grupos intelectuales europeos.

La carta de Litvinov fue recogida por un grupo de "grandes apellidos" de la intelectualidad europea, entre ellos el poeta Stephen Spender, la novelista Mary MacCarthy, el músico Igor Stravinsky, el poeta W. H. Auden y otras personalidades.

Juntos lograron interesar a varias fundaciones, entre ellas la Fundación Ford, para que financiaran una revista que publicara textos prohibidos detrás de "la cortina de hierro" y noticias de la censura en el mundo, aunque principalmente Europa Central. El primer número, en 1972, apareció dedicado a ese campo. Pero para el número dos, en 1973, ya se incluía el primer texto

La editora de la prestigiosa revista británica dedicada a la libertad de prensa y de expresión recuerda que la persecución a disidentes no terminó con la demolición de un Muro.



largo sobre la situación en la Argentina.

Luego de la caída del Muro, la Fundación Ford arguyó que ya no era necesaria una publicación como *Index on Censorship*, aunque continuó su apoyo hasta 1992. George Soros, que había apoyado la revista durante siete años, también se hizo eco del argumento del "fin de la censura". La revista buscó otras fuentes de apoyo y siguió adelante.

"Desde entonces ha cambiado totalmente la opinión de la gente," explica Owen. "Es alentador ver el interés en los casos de censura actuales por parte de la juventud. Tenemos que ver el efecto de los nuevos nacionalismos, entender que en Rusia hay problemas nuevos, que son censurados: la pobreza, el fracaso de la educación, la gente que duerme en las calles. Publicamos una versión de *Index* en ruso". "Queremos seguir siendo la voz de los que no son escuchados ni leídos, igual que lo fue *Index on Censorship* en sus comienzos, pero frente a los problemas de hoy."

* Andrew Graham-Yooll fue director de *Index on Censorship* entre 1989 y 1993.

POR TIMOTHY GARTON ASH *

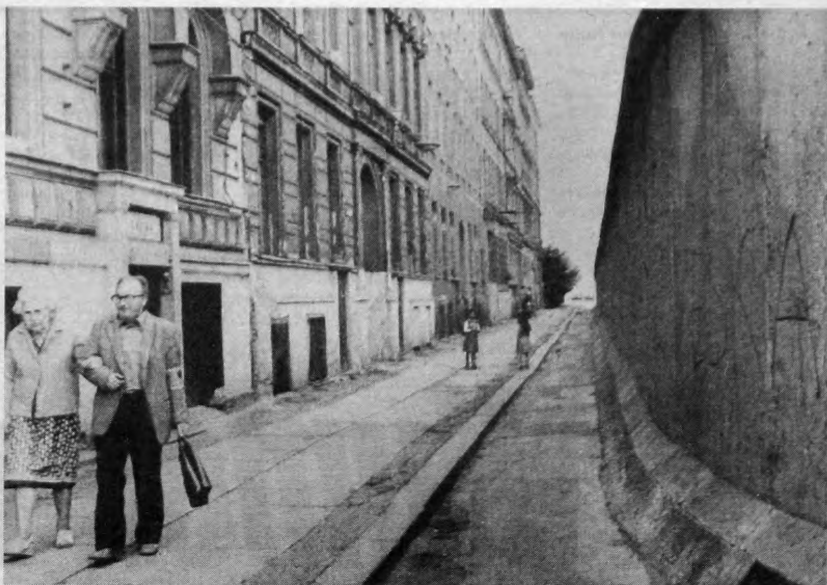
Una oportunidad perdida

Cuando cayó la Cortina de Hierro que separaba a Europa en dos, la Unión Europea adoptó una resolución a mi parecer desacertada. En el Tratado de Maastricht se acordó la introducción de la Unión Económica y Monetaria Europea para el 1º de enero de 1999. La consecución de este proyecto, tan difícil como arriesgado, supuso de hecho un descuido de las extraordinarias oportunidades que ofrecía y también de los riesgos que entrañaba, el fin del comunismo. Los europeos parecíamos los habitantes de una casa en la que habíamos vivido por cuarenta años separados por un muro. En la mitad occidental de la casa habíamos realizado muchas reformas y modernizaciones, habíamos pintado las paredes, instalado cables y cañerías nuevas, mientras que la parte oriental se deterioraba incesantemente. Entonces cayó el Muro. ¿Qué hicieron los políticos? No se les ocurrió otra cosa que pensar que la mitad occidental necesitaba de un nuevo y moderno sistema de aire acondicionado asistido por computadora. Mientras que los europeos occidentales discutíamos los detalles técnicos de las nuevas instalaciones, la otra parte de la casa se derrumbaba definitivamente y se registraban los primeros focos de incendio. Mientras dábamos las últimas pinceladas a las cláusulas de Maastricht, Sarajevo se incendiaba. Para usar la jerga burocrática de Bruselas, dimos prioridad a la profundización en detrimento de la ampliación de la Unión. Postergamos la adhesión de las nuevas democracias en Europa central y oriental, hasta que perdieron las esperanzas. Fracasamos en la política exterior común, hasta en nuestro "patio trasero", Yugoslavia, por lo que Estados Unidos tuvo que intervenir.

* Historiador y autor británico, especializado en Europa oriental.



Antes y después: una calle de Berlín angostada por el Muro, la nueva generación del 9 de noviembre.



Por Atilio A. Borón

La insalubre borrachera del neocapitalismo

Parafraseando a Rosa Luxemburgo, el clima ideológico, político e intelectual de los noventa está signado por la última contrarrevolución triunfante. El triunfo capitalista es contundente y material, pero: ¿valió la pena?

Diez años es un tiempo más que suficiente para aquilatar los alcances y la dirección del proceso histórico abierto tras la caída del Muro de Berlín. Su consecuencia, en el plano ideológico, fue una insalubre borrachera neoliberal: el capitalismo ha triunfado, la superioridad económica de los mercados ha sido corroborada prácticamente, y el liberalismo democrático es, con todas sus irritantes injusticias y sus obvias limitaciones, el non plus ultra de cualquier esperanza de construcción de un orden democrático. Así como en el Medioevo la teología condensaba en sus raciocinios la sacralización del orden social, en el capitalismo monopolístico y globalizado de este fin de siglo ese indigno papel legitimador le cabe a la ciencia económica en su proceso de definitiva descomposición. En este sentido es bien claro que, parafraseando a Rosa Luxemburgo, el clima ideológico/político e intelectual de los noventa está signado por la última contrarrevolución triunfante.

La caída del Muro certificó, con la brutal contundencia del ladrillo y el cemento, el cierre "por derecha" y reaccionario de lo que Eric Hobsbawm ha llamado "el siglo corto". Para el neoliberalismo y sus publicistas el derrumbe de los "socialismos realmente existentes" y la posterior implosión de la Unión Soviética fueron como un placentero despertar luego de una horrenda pesadilla. Es que más allá de sus deformaciones y degeneraciones, particularmente dolorosas para los socialistas, la sola existencia del llamado "campo socialista" generaba algunos efectos positivos cuya ausencia es ahora motivo de muchas lamentaciones. Veamos simplemente tres dimensiones de este problema.

En primer lugar, porque por defectuosa e ineficiente que haya sido la "economía centralmente planificada" lo cierto es que, en esos años, las grandes mayorías populares tenían al menos la posibilidad de comer, vestirse, protegerse de las inclemencias del crudo invierno del este europeo y tener acceso a ciertos bienes muy elementales, si bien de mala calidad, que hoy en día, en plena "prosperidad neoliberal" se encuentran completamente fuera de su alcance. Los datos son abrumadores, aun en los casos en que, supuestamente, la "refundación capitalista" fue exitosa, como en Hungría y en Polonia, para no hablar de Rusia. En la ex URSS la contrarrevolución asumió un rostro trágico —rara mezcla de Iván el Terrible, Rasputín y Al

Capone— modelado por la sabiduría de la economía neoclásica administrada por Jeffrey Sachs, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Para tener una idea del "éxito" del neoliberalismo en Rusia basta con recordar que según la Unicef la esperanza de vida al nacer de los varones se redujo en algo más de seis años entre 1989 y 1994, y que en la actualidad Rusia figura, según recientes estudios de la FAO, como una de las 35 naciones del planeta en "emergencia alimentaria", honrosa posición que comparte con países como Etiopía, Sudán, Ruanda, Bangladesh y Corea del Norte. El antiguo centro del "Segundo Mundo" se ha convertido en una lastimosa periferia del Tercero.

En segundo lugar, el impacto de la desintegración del "campo socialista" se sintió con fuerza fuera de sus propias fronteras. Destruído el enemigo de clase en el campo internacional y debilitadas las organizaciones populares en el plano nacional el capitalismo "volvió a su normalidad", demostrando una vez más que el mismo es incorregible y que la superexplotación, la exclusión social y la pobreza de masas no son vicios de un gobierno en particular sino rasgos endémicos de este tipo de sociedad. Las conquistas sociales y políticas que se verificaron a partir de la posguerra y que se plas-

maron en el "Estado keynesiano" —que en América latina adoptó los confusos ropajes del populismo— lucen ahora, bajo la luz que proyecta esta década posterior a la caída del Muro, menos como resultados de las presiones internas de las fuerzas populares y mucho más como efecto de la presencia amenazante de los "socialismos reales". Estos eran, más allá de sus aberrantes deformaciones, un preocupante recordatorio cotidiano de que, in extremis, las masas podrían en algún momento tener la mala idea de pretender tomar el cielo por asalto, como lo habían hecho en Rusia en 1917 y como estuvieron a punto de hacerlo en varios otros países europeos a la salida de la Primera Guerra Mundial. Para minimizar esa probabilidad era conveniente hacerse eco de las ansias reformistas que brotaban con fuerza de las organizaciones populares y seguir el sabio consejo del gatopardo: cambiar algo para que todo siga como está. Pero, una vez disipada la amenaza de la revuelta popular "la zorra vuelve al portal", como canta Joan Serrat, "el pobre a su pobreza y el avaro a sus divisas". Pruebas al canto: según autores tan diversos como Paul Krugman, Robert Reich, Richard Freeman, Kevin Phillips y muchos más los Estados Unidos experimentaron una fenomenal regresión social en los últimos diez años, con ricos cada vez más ricos, pobres cada vez más numerosos y crecientes índices de inequidad social típicos del Tercer

Producto: En la ex URSS la contrarrevolución asumió un rostro trágico, rara mezcla de Iván el Terrible, Rasputín y Al Capone modelados por Sachs.

Mundo. Lo grotesco de esta situación es que ella se produce cuando la economía americana se halla en una fase expansiva y no en medio de una recesión. La situación en el Reino Unido es aún peor, y en el resto de Europa los ataques (afortunadamente no tan exitosos) a todas y cada una de las conquistas populares de los últimos cincuenta años han sido ininterrumpidos a lo largo de la

última década. En América latina, en cambio, tales agresiones adquirieron una ferocidad sin precedentes, simbolizadas primero en la lúgubre galería de dictadores militares al estilo de Videla, Pinochet y tantos otros y, más tarde, en la figura de los yuppies tecnócratas y sus gobernantes "democráticos" que pusieron en marcha programas de ajuste tan reaccionarios que sus predecesores armados ni siquiera soñaron en implantar. Pero, desintegrado el "campo socialista" el desequilibrio en la correlación internacional de fuerzas era tan grande que las clases dominantes en el capitalismo sintieron que tenían, ¡por fin!, las manos libres para dar rienda suelta a sus más mezquinas reivindicaciones. La tentativa del Acuerdo Multilateral de Inversiones de establecer inmunidades jurisdiccionales en favor de las grandes empresas transnacionales, constituyendo una suerte de Estado dentro de los clásicos estados nacionales, habla elocuentemente de lo desenfrenado de las tendencias despóticas del capital en nuestro tiempo.

Por último, el unipolarismo militar resultante del fin de la Guerra Fría nos deja un escenario internacional crecientemente convertido en un verdadero "estado de naturaleza hobbesiano" en donde el más fuerte, militarmente los Estados Unidos, se siente con derecho a intervenir a su antojo y donde le plazca, bombardeando poblaciones civiles e invadiendo países a voluntad, contrariando las más elementales normas del derecho internacional y liquidando en los hechos a las Naciones Unidas. Si la Guerra del Golfo declarada en contra de Sadam Hussein, un antiguo agente de la CIA que se "autonomizó" excesivamente, fue apenas un primer ensayo, la criminal matanza de Kosovo marca el comienzo pleno de una nueva época signada por la ley del más fuerte, la desaparición de Europa como actor significativo de la política internacional y el despliegue ilimitado de la prepotencia norteamericana como última ratio del actual (des)orden mundial. El genocidio kosovar fue seguido por una mezcla de indiferencia y temor por parte de Europa, cuyos gobiernos, salvo pocas y honrosas excepciones, han visto cómo el Viejo Continente se ha converti-

do ahora en escenario de guerras interminables declaradas con total impunidad desde los Estados Unidos. La sibilina pretensión de Washington de reconocer a un Kosovo independiente sería la última etapa de un proceso tendiente a asegurar la total balcanización de Europa, un resultado largamente anhelado por los estrategas norteamericanos ansiosos de ingresar al próximo siglo con unos Estados Unidos fuertemente consolidados, con su hinterland bárbaro latinoamericano y caribeño adecuadamente "integrado" y controlado, y teniendo frente a sí, por una parte, a una Europa centrifugada por particularismos, regionalismos y provincialismos de todo tipo y debilitada por una hemorragia tribalística que le quita fuerza en la arena internacional; y, por la otra, a un caótico conglomerado asiático, en donde luego de la segunda rendición incondicional del Japón, esta vez ante el

Potencia: El unipolarismo militar resultante del fin de la Guerra Fría nos deja un escenario convertido en un verdadero "estado de naturaleza hobbesiano".

FMI y no ante el general Mac Artur, sólo queda la presencia enigmática, amenazante hasta el tuétano, de China para desvelar el sueño de los ideólogos del imperio.

En suma: la caída del Muro puso fin a un primer ciclo de insurgencia popular anticapitalista. Entusiasmada por este "logro histórico" la burguesía ha proclamado urbi et orbi el fin de la historia. En esto no hay demasiada innovación, pues este mismo anuncio lo efectuó a fines del siglo pasado, en la belle époque; volvió a hacer lo propio en la década del veinte, para terminar en la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto; y reincidió en este hábito en los años cincuenta, al decretar "el fin de las ideologías". Cada uno de estos períodos culminó estrepitosamente. Los signos de nuestra época no son más alentadores: en un mundo completamente dominado por la lógica del capitalismo neoliberal la polarización social alcanza niveles catastróficos, las democracias se vacían de contenido, la inestabilidad e incertidumbre de los mercados hacen que aún sus más grandes especuladores presenten un final apocalíptico, y la paz, que según muchos acompañaría este triunfo de los mercados, quedó sepultada en el Golfo y los Balcanes. Antes de la caída del Muro estábamos mal; ahora, ¿estamos mejor?

Por Rudy

Un abuelo pasea con su nieto por las calles de Moscú. Pasan frente a la estatua de un hombre de barba y mucho pelo. Pregunta el niño:

—Abuelo, ¿quién es ese señor?

El abuelo:

—Pero, pequeño Ilich, ¿cómo es posible que no sepas quién es este señor? ¿No te dijeron nada en el jardín de infantes? ¿Tampoco tus padres te contaron nada?

—No, abuelo, ¿quién es?

—Pequeño Ilich, ese señor es Karl Marx.

—¿Y quién es Karl Marx?

—¿En serio, pequeño Ilich, que no sabes quién es Karl Marx?

—No abuelo, no lo sé.

—Pues es el hombre que soñó con quitarnos las cadenas.

—Ah...

Siguen paseando, hasta que se topan con el busto de un hombre calvo, con una pequeña barbita.

—Abuelo, ¿quién es este hombre?

—¿Cómo que quién es este hombre? ¿No puede ser, pequeño Ilich, que no sepas quién es este hombre?

—Pues no lo sé, abuelo.

—¡Este hombre es Lenin, pequeño Ilich, nada menos que Lenin!

—¿Y quién es Lenin, abuelo?

—¡Lenin es el hombre que comenzó a quitarnos las cadenas!

—Ahh...

Siguen caminando y tropiezan con otro busto, esta vez de un hombre sin barba, regordete.

—¿Y este quién es, abuelo?

—¡No puede ser que tu maestra o tus padres no te hayan dicho nada! Desde hace dos años que tú deberías saber que este hombre es Yeltsin.

—¿Y quién es Yeltsin, abuelo?

—¿Qué clase de niño soviético eres que no sabes que Yeltsin fue quien terminó de quitarnos las cadenas!?

—Ahhhh.

Siguen caminando. Al rato, el pequeño Ilich pregunta pensativo:

—Abuelo ¿y qué son las cadenas?

Y el abuelo:

—¡Ah, pues unas tiras de oro que solíamos usar en los relojes!

◆◆◆

En tiempos de Stalin, se encuentran Ilich y Boris.

—¡Boris! ¿Sabías que se murió Serguei?

—¿Se murió? ¡Ni siquiera sabía que lo habían arrestado!

◆◆◆

—¿Cuál es la principal actividad laboral en Rusia?

—Derribar estatuas.

◆◆◆

En una fábrica de la ex Unión Soviética había "elecciones internas". Los obreros elegían delegado mediante voto secreto. Cada uno tomaba un sobre y lo depositaba en una urna que había a tal efecto. Uno de los obreros, sin embargo, trató de abrir el sobre que le tocó.

—¡Ey! —le dice un fiscal— ¡No puede hacer eso!

—¡Pero es que quiero saber por quién voy a votar!

—¿Es que acaso usted no sabe que en la URSS el voto es secreto?

◆◆◆

En el Mausoleo de los Héroes de la ex URSS, un nene se para junto a una tumba y le pregunta a la abuela.

—Abu, ¿de quién es este mausoleo?

—De Lenin, el primer gobernante de la URSS.

—¿Y cómo era Lenin?

—Era un gran hombre que nos liberó del zar.

—¿Y este otro mausoleo de quién es?

—De Stalin, el segundo gobernante de la URSS.

—¿Y qué tal era Stalin?

—Era terrible, causó la muerte a

—Nos hemos enterado, camarada Boris, que está tratando usted de emigrar. ¿Por qué? ¿Le falta trabajo en la URSS?

Boris:

—No me puedo quejar.

—¿Tal vez sea mala la comida?

—No me puedo quejar.

—¿El sistema de salud no le parece?

—No me puedo quejar.

—¿No tiene usted suficiente dinero?

mente cualquier cosa", dicen que le dijo un día el político.

Y ella se emocionó: "¿En serio que serías capaz de hacer cualquier cosa por mí?"

—¡Sí Elena, todo, lo que digas!

—Pues bien, en tal caso te pido que tires abajo el Muro de Berlín...

—Ah, picarona, quieres que nos quedemos solos, ¿no?

◆◆◆

UNA ANTOLOGIA DE LOS CHISTES QUE CONTABAN EN LA URSS Y EN EL PARTIDO

Humor rojo

BUENAS Y MALAS NOTICIAS...
A PESAR DE NUESTROS ESFUERZOS
SEGUIMOS TENIENDO UNA PESIMA
IMAGEN PUBLICA

OH NO...
¿Y LA BUENA?

YA TENEMOS
TEMA PARA UNA NUEVA
Y APASIONANTE
AUTOCRITICA

ERRARE
STALINISTUM
EST

Daniel
PAZ

millares de rusos.

—Abuela, y... ¿cómo se llama el que gobierna ahora?

—Boris Yeltsin, nene.

—¿Y qué tal es este Yeltsin?

—No sé, cuando se muera nos van a decir.

◆◆◆

—¡Camarada Serguei! ¡Camarada Serguei! ¡Hubo un robo en el Ministerio del Interior!

—¿Qué horror! ¿Y qué se robaron?

—¡Los resultados de las próximas elecciones!

◆◆◆

En los duros tiempos de Brezhnev, dos agentes de la KGB llegan una noche a la casa de Boris, que había pedido pasaporte para emigrar. Los agentes:

—No me puedo quejar.

—Y entonces ¿por qué carájovich quiere emigrar?

—¡Quiero poder quejarme!

◆◆◆

La acción en el Kremlin, 1969. Un soviético compungido:

—Tengo una mala noticia, camarada Igor Mijailovich: los norteamericanos ya están en la luna.

Mijailovich, contentísimo:

—¿Todos?

◆◆◆

Dicen que Leonid Brezhnev estaba enamorado de una bailarina del Bolshoi. La muchacha, llamada Elena, volvía loco al jerarca, que no sabía ya qué hacer para conseguir sus favores. "Elena, dime qué quieres, que te lo conseguiré. Por vos hago absoluta-

Cansados de hacer cuatro horas de cola para conseguir papas, le dice un amigo a otro:

—Mira, Misha, estoy harto, ¡me voy a matar al burócrata responsable de asuntos comerciales!

Al rato vuelve, alicaído. Misha le pregunta:

—¿Qué hacés? ¿Volviste?

—¿Sabes qué pasa, Misha? La cola para matar al burócrata era muchísimo más larga que ésta.

◆◆◆

—¿Por qué el sistema soviético es mejor que los otros sistemas?

—Porque supera en forma permanente dificultades inexistentes en los otros sistemas.

◆◆◆

Clase de plástica en la URSS, cuando aún era URSS.

—Profesor Mijail Mijailovich, ¿qué es el expresionismo?!

—Boris Borishchenko... expresionismo es pintar lo que se siente.

—¿Y el impresionismo?

—Boris Borishchenko, impresionismo es pintar lo que se ve.

—Y, profesor Mijail Mijailovich, ¿qué es el realismo socialista?

—El realismo socialista, pequeño Boris, es pintar lo que se oye.

◆◆◆

Un día Boris salió un rato antes de la fábrica de motores Tovarich, y llegó a su casa más temprano que de costumbre. Y encontró a su mujer Irina, acostada con su amigo Piotr. Boris e Irina se divorciaron, y el juicio fue terrible.

—¿Y cómo terminó?

—A Boris le dieron 3 años de trabajos forzados en Siberia, por haber salido más temprano de su trabajo.

◆◆◆

—¿Cuál es el edificio más alto del mundo?

—El Kremlin, sin duda. Porque desde sus oficinas se ve Siberia.

◆◆◆

Juan decidió ir a vivir a la URSS en los tiempos previos a la caída del Muro de Berlín. Pedro, un amigo, le dice:

—Estás loco, Juan. Ahí hay una censura terrible, no hay libertades... ¿A qué vas a ir?

—Mirá, Pedro, yo acá estoy muy mal, así que peor no va a ser. Pero, igualmente, yo te voy a escribir y si llega a haber censura, si veo que hay cosas que no te puedo decir, te vas a dar cuenta porque en ese caso te escribiré en color verde.

Juan se va. Al tiempo, Pedro recibe una carta, escrita toda en azul. "Vaya, no había censura", piensa, y se pone a leer.

"Querido Pedro: esto es el paraíso. La gente está como quiere, todo es una maravilla. La educación, la salud y la comida son gratuitas y excelentes. Hay miles de actividades interesantísimas y el individuo se desarrolla en su plenitud desde la niñez. Lo único malo es que no se consigue tinta verde por ningún lado."

◆◆◆

—¿Qué pasaba en la URSS cuando usted marcaba el número de "Información?"

—Mejor que tuviera alguna información que dar, que si no...

◆◆◆

Dos perros soviéticos se encuentran. Uno medio muerto de hambre, el otro próspero y moviendo la cola. El muerto de hambre:

—Mirá, camarada Fido, está dura la cosa en nuestra amada patria. Yo comparto mi vivienda con una familia de camaradas. Todos trabajan fielmente por la patria pero apenas si tenemos para comer.

El próspero:

—Yo en cambio vivo en un laboratorio experimental donde se estudia a Pavlov. Lo único que tengo que hacer es ladrar cada vez que suena un timbre, entonces viene un hombre condicionado y me trae comida...

◆◆◆

—¿Cuál fue la región soviética que logró reunir a los mejores cerebros del país?

—Siberia.